

Globalización, integración cultural, mar- ginación social

Se ha venido dando una globalización desigual, comandada por las corporaciones transnacionales, que agrava las desigualdades internacionales.

La globalización se refiere al capital y no a la fuerza de trabajo. En este contexto hay una creciente marginación de América Latina y de África.

Ha crecido la pobreza y se han profundizado las inequidades. La integración de América Latina a una cultura globalizada es más un proceso imitativo. Hay una situación más cercana a la frustración; pero se ha incrementado también una globalización de la exigencia de justicia.

CARLOS M. VILAS

L

os fines de siglo tienden a poner nerviosa a la gente, a estimular sus fantasías y a alimentar su imaginación, usualmente en detrimento de su contacto con la realidad. Tanto más si el fin de siglo coincide con un fin de milenio, como es nuestro caso. Las crónicas de la época registran que hace diez siglos, en las postrimerías del primer milenio de esta era, entró tal pánico ante el temor de que con el milenio acabaría el mundo, que muchos decidieron suicidarse, para ahorrarse el espectáculo sobrecogedor de las profecías apocalípticas del fin de los tiempos.

En nuestro fin de siglo y de milenio nadie proclama el fin del mundo, aunque sí el fin de la historia. A diferencia de su antecesor, este proclamado “fin” está rodeado de un espíritu celebratorio, casi eufórico, que

Centro de
Investigaciones
Interdisciplinarias en
Humanidades
UNAM¹

1. Ponencia presentada en el Séptimo Encuentro de Ciencias Sociales, Feria Internacional del Libro. Guadalajara, Jal., 30 de noviembre de 1993.



anuncia a los cuatro vientos el ingreso a una nueva era: los tiempos post-históricos de la globalización. La multiplicidad de definiciones y connotaciones que rodea al término han convertido a la globalización en un comodín verbal. Podría enumerarse una larga serie de cosas y hechos que los más diversos expositores adjudican sin dejar lugar a dudas a la globalización: por ejemplo, las zonas de libre comercio y las modas del consumo; la exportación de epidemias y las franquicias comerciales. Del mismo modo que en la edad media la ideología religiosa justificaba las situaciones más dispares, esta nueva versión de la ideología del progreso sirve para justificar tanto el empobrecimiento imparable de Haití, o la invasión a Somalia, como la eliminación de las barreras arancelarias o la difusión internacional de los “transformers”.

Una globalización desigual

Una caricatura es siempre la deformación de algo que existe en la realidad, y la caricaturización de la globalización no debería impedir reconocer lo que ella presenta como realidad e, incluso, como novedad. La idea de globalización encuentra su más lejano precedente en los teóricos del liberalismo inglés de fines del siglo 18 y principios del 19, con sus doctrinas económicas que abogaban por la liquidación de las barreras al libre comercio y el desarrollo de un mercado crecientemente mundial. Lo que fue una hipótesis en sus orígenes, se ha convertido en una realidad dos siglos después.

Sin embargo, la globalización se refiere solamente a algunos ámbitos o aspectos del sistema internacional. Es, ante todo, una globalización del comercio, las finanzas, las inversiones, las comunicaciones y la información, hecha posible por el extraordinario desarrollo de la informática en las últimas tres décadas. En todos estos dominios, los actores más dinámicos de la globalización son las corporaciones transnacionales y su despliegue por todo el globo; la mitad del comercio mundial se desarrolla entre matrices y filiales de esas corporaciones, sometido a precios administrados y al margen, por lo tanto, de las relaciones de mercado. En las últimas dos décadas, la inversión extranjera directa ha desplazado al comercio como factor de globalización. Durante la década pasada,

la IED creció a un promedio de 29% anual frente a un promedio de diez por ciento anual del comercio, y de alrededor de cinco por ciento en años más recientes.²

En cambio, la globalización no comprende al conocimiento. La información se globaliza en el sentido que el despliegue de las redes de telecomunicación abastecen simultáneamente de datos similares a audiencias ubicadas en lugares remotos. La gente dispone de muchísimos más datos que hace cincuenta años, pero ello no es igual que disponer de más conocimiento, porque la masa informativa no va acompañada de mayores recursos analíticos. De hecho, el aumento de la información está acompañado por una trivialización de la misma: el show de Michael Jackson al lado de la guerra en los Balcanes, junto a la nueva reina de belleza, sucedida por una banda de skinheads alemanes golpeando a una inmigrante turca, más un “spot” sobre los hábitos alimenticios de los camarones de agua dulce, más las declaraciones de Hugo Sánchez sobre cómo mantener brillantes los dientes... La posmodernidad hace del tango de Enrique Santos Discépolo su emblema y su consigna: “Todo es igual, nada es mejor; lo mismo un burro que un gran profesor”.³

El conocimiento no se globaliza, además, porque lo que en realidad está globalizándose es la apropiación privada del mismo, mediante el refuerzo de los sistemas de marcas y patentes que los países más avanzados pretenden extender incluso a rubros que hasta ahora eran considerados patrimonio común no apropiable. Es importante señalar que uno de los capítulos de los tratados de libre comercio y de formación de mercados comunes regionales es, precisamente, el que se refiere a la propiedad de procedimientos, ideas, innovaciones y técnicas. La ampliación de los mercados de capitales y de productos se complementa con trabas a la libre circulación internacional del conocimiento. Esto tiene poco que ver con la libertad de los científicos y la creatividad de los “inventores”: las corporaciones, y no los individuos, son quienes se apropian del conocimiento y sus aplicaciones.

Finalmente, la globalización se refiere al capital, no a la fuerza de trabajo. Las inversiones pueden viajar libremente de país en país para

2. U.S. Department of Commerce, *Trends in International Direct Investment* septiembre de 1989 y julio de 1991.

3. Enrique Santos Discépolo, *Cambalache*.



capturar mayores tasas de ganancia, pero los trabajadores no pueden mudarse libremente de un país a otro buscando salarios más altos. La libertad de circulación del capital no es libertad de circulación del trabajo. Las migraciones internacionales de trabajadores son reguladas severamente, e incluso reprimidas, para mantener los diferenciales internacionales de salarios. O bien para forzar a los migrantes a incurrir en la ilegalidad y someterse a condiciones inicuas de trabajo en el país receptor. Me parece muy ilustrativo que el congreso de Estados Unidos haya aprobado el TLC en momentos en que la frontera sur de ese país se encuentra militarizada y bloqueada.

La globalización es, por lo tanto, un proceso desigual que, abandonada a su propia dinámica, agrava las desigualdades internacionales. La idea de que la globalización conduce a un mundo más homogéneo carece de asidero y puede afirmarse lo contrario. Entre 1960 y 1989, los países en los que vive el 20% más rico de la población mundial aumentaron su participación en el producto mundial de 70% a casi 83%, mientras los países en los que vive el 20% más pobre redujeron su participación de 2.3% a 1.4%. En 1960, el 20% más rico recibía 30 veces más que el 20% más pobre, y en 1989 percibía 60 veces más. Entre 1988 y 1991, los países que el Banco Mundial considera de “ingresos medios” (entre los que figuran todos los de América Latina menos Haití y Nicaragua) redujeron su participación en el producto mundial en 40%, mientras que los países de ingresos altos la incrementaron en más de diez por ciento.⁴ Un mundo más globalizado no es, pues, un mundo más equitativo. Frente al espíritu festivo predominante en nuestros círculos académicos, destacan las preocupaciones de la mente conservadora pero sensata de Zbigniew Brzezinski, que identifica en la creciente desigualdad el ingrediente central del “disturbio global” en medio del cual nos adentramos en el siglo 21.⁵

4. PNUD, *Desarrollo humano: Informe 1992* Bogotá: Tercer Mundo, Editores, 1992; Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1993*. Washington, D.C., Banco Mundial, 1993.

5. Zbigniew Brzezinski, *Out of control. Global turmoil on the Eve of the 21st. Century* New York: Scribner's, 1993.

Una América Latina cada vez más lejos

En este mundo crecientemente y desigualmente globalizado, América Latina, como África, es cada vez más marginal. En los últimos treinta años, la participación latinoamericana en el comercio mundial disminuyó casi dos tercios; una contracción similar se registró en materia de ingreso relativo por habitante. En 1960, la región representaba casi el ocho por ciento del comercio mundial; veinte años más tarde participaba con menos del seis por ciento, y en 1990 con 3.3%. Este año, las exportaciones combinadas de América Latina, una región de más de 430 millones de habitantes, sumaron menos de \$ 130 mil millones de dólares, cifra inferior a la de las exportaciones de Holanda (más de \$ 131 mil millones de dólares), con quince millones de habitantes. En 1960, el PIB por habitante de la región representaba el 22.2% del PIB por habitante promedio de los países de la OCDE; en 1970 era menos de 18% y, a fines de los ochenta, 12.5%.⁶

El mismo retroceso se verifica respecto de Estados Unidos: entre principios de la década de 1980 y la de 1990, la participación de América Latina en la IED de E.U. en todo el mundo cayó de 18% a catorce por ciento, y de 73% a 56% con relación a la IED estadounidense en países en desarrollo. En materia comercial mundial estadounidense, el retroceso fue más leve (de 14.1% a 12.7%), y se verificó un aumento de la participación de la región en el comercio de E.U. con los países en desarrollo (de 33.2% a 38%).⁷

El retroceso de América Latina en el escenario global obedece a causas diversas, entre las que destaca la persistencia de su especialización como exportadora de productos primarios. En las últimas dos décadas, solamente Brasil diversificó significativamente su perfil exportador con base en un agresivo proceso de industrialización.

La creciente marginación internacional de la región tiene lugar en el marco de la adopción de políticas, durante la década pasada, que privilegiaron la dimensión financiera de la reestructuración económica,

6. Harry Magdoff, *Globalization: To What End?* New York: Monthly Review Press, 1992, cuadro 9.

7. U.S. Department of Commerce, *Statistical Abstract of the United States* 1991.



subordinando los objetivos de desarrollo y equidad a la recomposición del sistema financiero internacional, con severo impacto en la reactivación productiva y en el tejido social. Durante la década de 1980, la pobreza latinoamericana creció 44% para alcanzar 196 millones de personas o 46% de la población total. Mientras tanto, la población latinoamericana creció 22%. Esto significa que, durante esos diez años, estuvimos produciendo pobres al doble del ritmo de producción de latinoamericanos.

La polarización del ingreso es mucho mayor en América Latina que en la mayoría de los países asiáticos de reciente industrialización: en doce países latinoamericanos para los cuales existe información, las familias que integran el 20% más rico de la población captan un ingreso 17 veces mayor que el que perciben las familias que forman parte del 20% más pobre de la población (y en Brasil captan 32 veces más, en Guatemala y Panamá 30 veces más, en Honduras casi 24 veces más). En contraste, la polarización es de menos de diez veces en Singapur, menos de nueve veces en Hong Kong, ocho veces en Tailandia, cinco veces en Indonesia.⁸

La ideologización de las políticas públicas condujo al crecimiento de la pobreza y al ahondamiento de las desigualdades sociales, al debilitamiento de las capacidades productivas y al deterioro acelerado de la infraestructura social, vulnerando las perspectivas de competitividad internacional. En particular, la desatención de los sistemas de educación pública y de ciencia y tecnología -por contraste con la prioridad asignada a ellos en los NICs y en las economías desarrolladas- cuestiona la capacidad futura de América Latina de revertir su progresiva redundancia en la economía mundial. Es curioso escuchar a los funcionarios de la mayoría de nuestros gobiernos, y a los asesores del Banco Mundial, llenarse la boca con frases espectaculares respecto del carácter estratégico de la ciencia y la técnica en la competitividad internacional, al mismo tiempo que sus políticas contribuyen eficazmente al desmantelamiento de nuestras capacidades educativas, científicas y técnicas.

Las profundas desigualdades sociales conducen asimismo a la cre-

8. Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial* varios años.

ciente dependencia financiera de las economías. La recomposición de la tasa de ahorro interno para revitalizar el coeficiente de inversiones choca contra límites muy estrechos en este tipo de sociedades. Los pobres son tan pobres que es imposible pensar en mayor compresión de sus consumos. Y los ricos son tan poderosos que una reforma impositiva que reduzca sus consumos no básicos se convierte en políticamente subversiva y, por lo tanto, es institucionalmente inviable. En consecuencia, la reactivación de la economía depende del ahorro externo, al que se atrae mediante subsidios conocidos como, por ejemplo, elevadas tasas de interés, desgravaciones impositivas y otros. En estas condiciones, el ahorro externo deja de ser complementario del interno y pasa a competir con él, contribuyendo a una mayor polarización interna.

Integración y desigualdad

En el siglo pasado, la apertura de América latina al *laissez faire* y a la importación de manufacturas fue acompañada por la importación de ideas, usos y actitudes. La apertura de hoy al *free trade* produce efectos semejantes, e incluso más acusados. En un escenario de creciente marginación productiva y comercial, la integración cultural tiende a especializarse en aquellos rubros que están a mano en función de los recursos disponibles: los comics mucho más que la literatura de Toni Morrison; la captura de datos en vez del diseño de sistemas; la copia de los usos antes que el aprendizaje de los procesos. Exaltamos la diversidad y reprimimos a los que piensan distinto y actúan de manera diferente. Comemos comida chatarra y consumimos productos chatarra; no debería extrañar que terminemos admirando pensamiento chatarra y practicando conductas chatarra.

La integración de América Latina a una cultura crecientemente globalizada es imitación mucho más que adaptación. Esta última implica siempre una dosis importante de innovación; la primera es apenas una caricatura. Incorporamos lo nuevo por la vía del uso y del consumo, no por la vía del conocimiento. Tenemos en consecuencia modernidad, pero no modernización. Nos conectamos al correo electrónico pero los teléfonos no funcionan. Nuestros hospitales practican diagnósticos



computarizados pero la gente sigue muriéndose de cólera. Construimos autopistas sensacionales y la gente de los barrios pobres muere ahogada o sepultada por deslizamientos cada vez que llueve fuerte.

En estas condiciones, debemos preguntarnos quién se integra y a qué se integra. La trivialización del discurso de la modernidad y la globalización encubre un proceso diferenciado de integración y marginación. Las élites latinoamericanas se integran a las líneas de punta del mercado mundial e incluso superan sus patrones de consumo y sus estilos de vida, mientras para la mayoría de los latinoamericanos la africanización está a la vista, y para muchos de ellos ya es una realidad. Ciertamente, no el África de los barrios blancos elegantes de Johannesburgo o de la burguesía financiera cairota: el África de Soweto y de Burundi.

En medio de esta creciente polarización, las clases medias latinoamericanas que fueron los actores más dinámicos del desarrollo extensivo de la segunda posguerra, gracias a la expansión extraordinaria del sistema educativo y del sector público, experimentan de manera creciente la angustia de quienes perdieron el jet de las élites y ven aproximarse, a velocidad implacable, la carreta de los pobres. Sus ingresos se deterioran, sus empleos se precarizan, sus lectores escasean. Es lógico que el “desencanto” se apodere de ellas y se convierta en su estado de ánimo permanente. Más cercano a la frustración que al posmodernismo, esta abdicación de esperanzas y de creatividad -me refiero exclusivamente a mi terreno, el de las ciencias sociales y humanas- expresa el clamor de estos intelectuales por alcanzar un lugarcito bajo el sol de los nuevos tiempos, tanto como la autoinculpación por haber perdido tanto tiempo. De ahí que la crítica del presente, ingrediente inexcusable de todo pensamiento utópico, sea crecientemente desplazada por la crítica del pasado y el repudio acríptico de las convicciones pretéritas.

Con esta actitud, la búsqueda de una integración al orden predominante no marca una ruptura con un estilo intelectual, sino que ratifica una de sus continuidades más notorias: la tendencia de muchos colegas a comportarnos como plumas al viento. Cuando el viento sopla hacia la izquierda, los académicos escribimos hacia la izquierda; cuando sopla hacia la derecha, escribimos hacia la derecha; cuando soplan en remolinos, nos sentimos desencantados... Fue necesario que el muro de Berlín

fuera demolido por la insatisfacción de la población alemana, o que la URSS estallara en mil pedazos, para que muchos de nuestros colegas descubrieran que hay cosas, ideas y recetas que no funcionan. La estampida hacia la modernidad del desencanto es formalmente similar, y posiblemente igualmente irreflexiva a la estampida hacia lo popular y la modernización de hace tres décadas. En todo caso, hay que reconocer que la aproximación de un viejo anticomunista como Juan Pablo II a los regímenes que criticó, es mucho más serena y sensata que las piruetas con que nos sorprenden los ex comunistas y los izquierdistas de ayer.

Globalización de la idea de justicia

Sería trivial, sin embargo, generalizar a partir de modas y contagios epidérmicos. Además, la propia magnitud de los cambios que estamos viviendo, con demasiadas cosas que aún no son definitivas, hace que sea aventurado formular proposiciones generales.

Para América Latina, para esa América Latina de la mayoría de los latinoamericanos, la globalización y la integración hoy predominantes aportan tantas esperanzas como preocupaciones; tantas promesas como frustraciones. La frivolidad o el oportunismo de quienes aplauden a un futuro de polarización e inequidad crecientes y tratan de subirse a la mejor parte de él es tan inconducente como la estrechez de quienes sólo advierten signos negativos y futuros de opresión, convocando a opciones de apocalipsis o de inopia. No menos intransitiva resulta la adhesión inmediateista a teorías del caos que simplemente ponen de relieve la incapacidad intelectual para desentrañar la racionalidad de los procesos que no se comprenden.

El carácter dual del proceso de globalización al que me refería más arriba implica que grandes sectores de la población mundial son hoy conscientes de la injusticia en que vive la mayoría de sus congéneres, creando la condición inicial para una verdadera universalización de la idea de justicia, y para el acometimiento de acciones conducentes a hacer de ella una progresiva realidad.

Una de las debilidades más llamativas de las luchas sociales y populares del pasado se refiere a los intentos de construir solidaridades



y estrategias de acción internacionalistas en un mundo en que las naciones y el nacionalismo eran muy fuertes. El imperialismo, como lo conocieron y lo analizaron Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin, Luxemburg, implicó la expansión internacional del capital y el desplazamiento internacional de la fuerza de trabajo. No significó la globalización de las relaciones capitalistas ni, muchos menos, la internacionalización de los procesos productivos. El “internacionalismo” enarbolado por la mayoría de los partidos comunistas fue casi siempre un término empleado para disimular la subordinación de esos partidos y sus políticas a la política exterior de la URSS y del PCUS.

Al contrario, la creciente globalización de la producción y el intercambio hacen hoy que el internacionalismo pueda convertirse en un efectivo ingrediente de las luchas sociales por una vida más digna. Desde esta perspectiva, el internacionalismo implica la búsqueda de una proyección internacional y de apoyo mutuo para las organizaciones populares y las demandas sociales de progreso y bienestar. Bajo el liderazgo de los gobiernos reunidos en el “Grupo de los 7”, organizaciones multilaterales como el Banco Mundial y el FMI han impulsado, en la última década, una verdadera globalización de las políticas económicas, comerciales y financieras. Cualquier acuerdo del G-7 en materia de comercio o de tasas de interés puede significar la diferencia entre la vida y la muerte para decenas de millones de latinoamericanos. Por lo tanto, no existe ninguna razón para circunscribir las demandas sociales y las luchas populares dentro de las cada vez más estrechas fronteras estatales.

Más aún: cuestiones como la efectiva vigencia de los derechos humanos o la protección de la biósfera reclaman una acción internacional y el involucramiento creciente de las organizaciones sociales. Los gobiernos son reticentes a encarar acciones efectivas en estos terrenos, o bien las acciones gubernamentales pueden conducir a mayor injerencia de las grandes potencias en los países periféricos bajo la máscara de cuestionables preocupaciones humanitarias.

Los latinoamericanos podremos hacer frente a los desafíos del presente en la medida en que volvamos a hacer, de la insatisfacción por el actual orden de cosas, un criterio de diseño de utopías y de formulación de estrategias, y del horizonte de una mayor equidad social, el principio

de adaptación a la dinámica cambiante del mercado internacional. Los grandes momentos del desarrollo, la democratización y la creatividad cultural de América Latina obedecen a la conjugación de esos elementos. Sobre todo, a la forja de solidaridades sólidas entre la demanda de justicia de los pueblos, la honestidad de los intelectuales y la sensibilidad de las élites.

